Rancagua, 2 de julio de 1944.

Señor
Hernán Díaz Arrieta (Alone)
Santiago.

Distinguido crítico:

Le escribo bajo el imperio de una impresión dominante que, por el momento, yo no sabría precisar, pero que de seguro irá aflorando a medida que esta carta se prolongue. Yo he tenido de usted, yo tengo de usted --y le juro que en esto no hay halago sino simple expresión de una verdad íntima-- un tal concepto de integridad, de saber y de comprensión, que él permanecería intacto aun cuando su pluma me hubiese pulverizado de modo más terminante que en esta crítica de hoy domingo.

Yo escribí "La sombra de las cumbres" sin buscar ni rebuscar nada... Pero no, decididamente no es la defensa de mi libro lo que yo deseo intentar ahora. Somos humanos, podemos equivocarnos de manera dolorosa y dramática y yo quiero creer --aun contra mi más hondo convencimiento-- que usted, esta vez, como siempre, clavó su flecha en la mitad del blanco.

Tengo, no obstante, la sensación de que su crítica no va dirigida al libro mismo, sino que es el resultado de algo en que usted ha pensado mucho y que de pronto se le hizo presente al hojear mi volumen. Su reacción, a mi entender, se dirige contra la actual tendencia de mezclar la poesía y la prosa en los relatos. La reacción de los nuevos escritores, al revés, va contra el pedestrismo estilístico de los que escriben cuentos y novelas en Chile. Estamos en una encrucijada y de ella saldrá, en el futuro, la forma definitiva que habrá de diferenciarnos de las demás literaturas. Es justo que recibamos ataques: ninguna tendencia nueva ha sido acogida con los brazos abiertos. Y esto, Alone, aun cuando sólo sea un paliativo para mi desconcierto, me consuela del fracaso sufrido.

Porque lo mío es un fracaso: no conseguí convencerlo a usted y lo demás me importa poquísimo. Podrán los otros críticos decirme esto o lo otro: yo pensaré siempre que algo ha faltado a mi empresa. Tal vez el espaldarazo de quién sabe mucho por haber vivido y leído mucho.

Yo podría decirle que "La sombra de las cumbres" fué creado con todas las potencias de mi ser; podría decirle que aguardé por espacio de dos años y medio

su publicación; que vino de mi sangre como algo imperioso que yo debía dar. Podría incluso afirmarle que lo considero mi mejor libro. Y lo veo a usted encogerse de hombros y expresar: "!Qué lástima!". Porque usted tiene su verdad y yo la mía, y ambas valen y cuentan sólo para mí y para usted exclusivamente y, luego, para quienes creen como usted y como yo. ¿Discutir? Los sentimientos no se discuten: se viven. Es posible que más adelante le encuentre razón: cuando sienta de otra manera. Por ahora, ésta es mi grande, mi dolorosa y solitaria verdad y a ella deberé serle fiel, porque de lo contrario desmentiría lo que yo más estimo en mí como hombre y artista: mi sinceridad.

¿Y a qué he llegado después de todo? Pues a establecer dos cosas: que por un instante me desconcerté y que, recuperados ya mi potestad y mi equilibrio, debo caminar en busca de mi destino más solo que cuando existía en mí, subyacente, la seguridad de su comprensión. !Y qué bien sabe uno cuál es su destino! Recuerde usted que vate y vaticinador son una misma cosa. Mi vaticinio me lo guardo para más adelante, para cuando aparezcan las nuevas novelas en que estoy trabajando...

Y eso es todo, grande y buen amigo --ahora puedo llamarlo así--,a quien tanto he admirado y a quien un día estrecharé la mano leal.

Oscar Castro Z.